

mientos, pudiéndose asegurar, sin género alguno de duda, que no era extraña á la persecución de los cristianos la influencia de que gozaban los judíos para con los emperadores. Pedro fué crucificado de una manera muy particular, puestos sus piés, que habían sido lavados por Jesús, en la parte más alta de la cruz, mirando hacia el cielo, y su cabeza en la parte más baja, como si se intentara hacer caer de ella la corona. Sobre el Vaticano está hoy levantada la suntuosa basílica dedicada al Príncipe de los Apóstoles, y allí tiene su residencia, después de diez y ocho siglos de revoluciones y convulsiones sociales, su ducentésimo quincuagésimo quinto sucesor, el esclarecido y magnánimo Pontífice Leon XIII; y en la misma forma se sucederán los Vicarios de Jesucristo en la tierra hasta el fin del mundo en virtud de esta promesa: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.»

LOS APÓSTOLES : JUAN

Muchos de los Apóstoles habían ya padecido el martirio. Santiago, hijo del Zebedeo, y Juan, hijo de Alfeo, habían muerto en Jerusalem: el primero por orden de la autoridad civil, y el segundo por instigación del príncipe de los sacerdotes. Andrés, hermano de Pedro, habiendo predicado el Evangelio á los escitas, murió martirizado en Acaya, y los demás esperaban la misma recompensa en las misiones lejanas adonde su

celo los había llevado. Aun cuando la muerte de todos no se conozca con toda exactitud y en todos sus detalles, se puede creer con fundamento que, exceptuando Juan, que murió de muerte natural, después de haber sufrido y vencido el martirio, todos los demás derramaron su sangre por el nombre de Jesús.

Si se cuenta Matías, que fué designado por la suerte; Bernabé, que fué elegido por los Apóstoles, y Pablo, que fué escogido por una vocación particular y directa, resulta que el número de Apóstoles es catorce. Á los cuarenta años de haber muerto el Salvador, de esos catorce Apóstoles, especialmente llamados y enviados por Jesucristo, sólo quedaba vivo Juan, ó, por lo ménos, era sólo el que figuraba en el centro de la civilización romana.

Él se estableció en Éfeso, que á la sazón era el centro de la ciencia y de una gran actividad intelectual. La ligereza del espíritu griego parecía no estar influída por el Cristianismo más que como por un agujon que la lanzaba al campo de las sutilezas y de cuestiones quiméricas y erróneas; y así se la veía inventar sistemas en los que el paganismo y el judaísmo, con la máscara y apariencias de cristianismo, se ponían de acuerdo para negar la realidad de la humanidad y divinidad de Jesucristo, y para destruir completamente su moral y su revelación, por lo que era allí altamente necesaria la vigilancia y todo el celo de un Apóstol; y ninguno podía atender mejor á esa necesidad que aquel que había tenido la dicha de encontrar para descanso

y apoyo de su cabeza el pecho del Señor, y que, consiguientemente, había sido el compañero y el amigo más íntimo de San Pedro. Algunos rasgos de la vida de Juan nos dan á conocer cuál era su caridad y su fortaleza. Cuando ya estaba agobiado por la edad é imposibilitado para predicar, hacía que le llevaran á las reuniones de los fieles, y en ellas no cesaba de repetir estas palabras : «Hijos míos, amaos los unos á los otros, porque, añadía él, cuando eso se cumple, todo está hecho y nada hay que decir más.» Su valor apostólico está demostrado en las persecuciones que tuvo que soportar de parte de los paganos. Conducido á Roma bajo el imperio de Domiciano, fué metido en aceite hirviendo, saliendo sano é ileso de ese cruel tormento, después del cual fué desterrado á la isla de Patmos, donde estuvo hasta la muerte de su tirano perseguidor.

Durante su destierro, ó poco después, escribió el Apocalipsis, libro lleno de misterios y de bellezas, siempre luminoso y siempre oscuro, de donde salen y se derraman la profecía, la doctrina, la moral y el amor como de una fuente inagotable, y que, consultado incesantemente por los sabios y por las luces de todos los siglos, muestra y da la verdad, guardando al mismo tiempo el arcano y el misterio.

Profecía viva y perpetua de los destinos de la Iglesia y cuadro hermosísimo del poder y gobierno de Jesucristo, es también al mismo tiempo el Apocalipsis un cántico de triunfo del principio divino y sobrenatural sobre la caducidad y baja de las co-

sas humanas y sobre todas las tiranías sociales; es el grito de los mártires que conquistaron el mundo para el Hijo de Dios. El Apóstol Profeta cuenta en él los combates que ha de dar Satanás, y celebra la caída de su imperio, cuando se creía asegurado en él para siempre; y, además, refiriéndose á sí mismo, dice: «Y yo, Juan, ví la ciudad santa, la nueva Jerusalén que procedía de Dios y bajaba del cielo como una esposa que se adorna para presentarse á su esposo. En ella no habrá jamás maldición alguna, sino que estará en ella el trono de Dios y del Cordero, y sus servidores le adorarán. Ellos verán su rostro y llevarán escrito su nombre en sus frentes. No habrá allí noche, y no necesitarán sus moradores de la luz de la lámpara ni de la claridad del sol, porque los iluminará el Señor, Dios de la luz, y allí reinarán por los siglos de los siglos... ¡Dichosos aquellos que lavan sus vestidos en la sangre del Cordero, para que puedan gozar del árbol de la vida, y para entrar en la ciudad por las puertas! ¡Fuera de allí los perros, los hechiceros, los lascivos, los homicidas, los idólatras y todos los embusteros! Yo, Jesús (dice el Señor), he enviado mi ángel para que dé testimonio de estas cosas en las Iglesias. Yo soy el que ha salido del tronco y del linaje de David, la estrella resplandeciente y el lucero de la aurora. El Espíritu y la Esposa dicen : ¡Ven! Y aquel que lo oye diga : ¡Ven! Y el que tiene sed venga, y todo el que quiera tome gratuitamente del agua de la vida. Amen. Ven, Señor, Jesús.»

De esa manera el Apóstol, preso por orden de Domiciano, contestaba á los que derramaban como querían, y tanta como querían, la sangre de los mártires. Domiciano se daba formalmente el título de dios, y exigía de todos ese tratamiento, ya se dirigieran á él por escrito, ya de viva voz. Mándaba que su estatua se colocase en el lugar más sagrado de los templos, y encabezaba sus escritos de esta manera : «Nuestro señor y dios ordena.» El mundo obedecía á Domiciano. Los cristianos morían y lavaban sus vestidos en la sangre del Cordero, en su

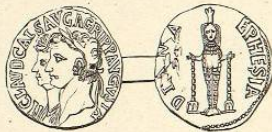


Lámina 118.—Representación del ídolo Diana en Efeso. Enfrente los bustos del emperador Claudio y de Agripina. Medalla publicada por Ackermán.

propia sangre, para entrar por las puertas (esto es), por la doctrina de los Apóstoles en la ciudad que estaba cerrada á los idólatras, á los lascivos y á los embusteros. Desde Esteban hasta este momento de la historia evangélica, ¡cuánta sangre se había ya derramado para atestiguar esta palabra de Jesús : «Tened confianza, yo he vencido al mundo!» Juan también escribió : «Cualquiera que nazca de Dios es vencedor del mundo, y nuestra fe es la que alcanza la victoria contra el mundo.»

El Apóstol publicó su Evangelio poco después de haber escrito el Apocalipsis, y ya eran entonces conocidos los otros

tres Evangelistas. Mateo escribió el primero lo que había visto; Marcos, discípulo y compañero de Pedro, escribió lo que había oído y recogido de su maestro, y Lucas, discípulo y fiel compañero de Pablo, escribió lo que había aprendido con gran cuidado, lo que había conocido con la enseñanza del gran Apóstol, y lo que pudo averiguar de muchos testigos á quienes tuvo ocasión de preguntar. Á ruego de los sacerdotes y de los fieles, poco antes de morir escribió también Juan su Evangelio, con el fin de probar que Jesucristo es Hijo de Dios, y que los que creen en Él consiguen la vida eterna. Aunque sin nombrar los herejes, que acostumbraban ya entonces á propagar falsas doctrinas referentes al carácter y persona del divino Salvador, los refutó de una manera muy concluyente, y al mismo tiempo atestiguó y completó los otros tres Evangelios que antes se habían ya escrito.

Favorecido de la visión más alta que fué concedida á los santos de la Ley antigua, vió Isaías al Señor que estaba sentado sobre un trono elevado y sublime, y sus vestidos llenaban la amplitud del Templo, resplandeciente de su gran majestad. San Juan, al referir esas palabras, que Isaías entendió con referencia á Dios, las aplica á Jesús, diciendo : «Isaías ha visto su gloria y ha hablado de Él.» Ese es, dicen los Santos Padres, el objeto del Evangelio de Juan. Los otros Evangelistas se ocuparon más de la humanidad de Cristo, y Juan es propiamente el Evangelista de su divinidad. El leon, el hombre y el toro, que son los

símbolos de los otros, andan sobre la tierra, porque esos tres Evangelistas nos enseñan con preferencia lo que ha hecho Jesucristo en la carne, y han recopilado los preceptos que Él dejó á los que soportaban el peso y miseria de la misma carne; mientras que Juan, que tiene por símbolo el águila, toma su vuelo muy por encima de la flaqueza humana, y sobrepasa todas las alturas y todo lo que ha sido criado, para llegar hasta Aquel que ha sido el Criador de todo; y allí fija su mirada penetrante y segura sobre ese hermoso sol de la verdad inmutable, y allí vió los misterios inefables que la lengua del hombre no puede explicar; y en eso se funda sin duda San Juan Crisóstomo para decir que hay cosas que los ángeles han aprendido de la revelación hecha á San Juan.

Á este Apóstol del amor le fué concedido el conocer el misterio de la divinidad de Cristo, en virtud de la cual el Hijo es igual al Padre; y él da sobre ese particular á la inteligencia humana las luces necesarias para que pueda tener aquel conocimiento que permite su debilidad y limitación. Así como Isaías, vió también Juan al Señor sentado en una silla elevada y sublime, porque vió al Cristo en el reino de su divinidad. Asimismo vió el Templo, que es el universo animado y resplandeciente con su majestad, lo que expresa él cuando refiere que por el Verbo han sido hechas todas las cosas, y que nada de lo que existe se ha hecho sin Él, y que su luz ilumina á todo hombre que viene á este mundo. También vió los misterios de su hu-

manidad llenando su Templo, que es su Iglesia : «El Verbo se hizo carne, y nosotros hemos visto su gloria como Hijo Único

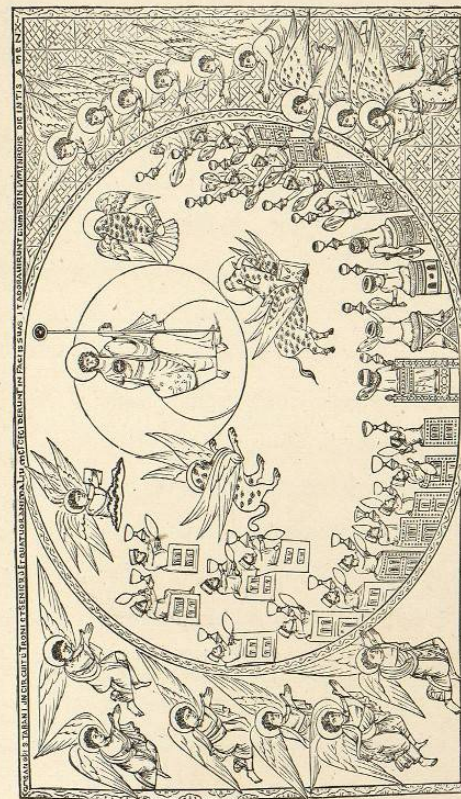


Lámina 110.—Visión de San Juan en el Apocalipsis. Dios se apareció sobre un trono. Veinticuatro ancianos con hábitos blancos representan la multitud de los escogidos, y los cuatro animales que simbolizan los Evangelistas, y están llenos de ojos, celebran sus alabanzas. Los ancianos tienen en una mano un instrumento de música, y en la otra una copa llena de perfumes que representan las oraciones de los santos. Los ángeles se unen á la alegría de los escogidos.—Miniatura del siglo VIII, reproducida conforme á la gran obra del conde de Bastard.

del Padre, lleno de gracia y de verdad.» Por ahí se ve que la visión de Isaías contiene toda la materia sobre que versa el

Evangelio de San Juan. El que ese rústico y sin letras, dice el Crisóstomo, hable de esa manera y diga lo que jamás había oído ninguno entre los hombres, es ya de por sí un gran milagro; y una prueba más poderosa de la inspiración divina es el que todos y en todos los siglos hayan comprendido las verdades que él anunció, y que se hayan persuadido de ellas. ¿De dónde, pues, procede esa virtud? De que él da, dice el obispo de Hipona, todo lo que ha tomado; y el Espíritu Santo, en su mismo Evangelio, dice de él que, durante la Cena, su cabeza descansaba sobre el pecho del Señor. En esa fuente tomaba él misteriosamente, y lo que él tomó en el misterio lo publicó solemnemente.

El milagro del Evangelio de San Juan termina el siglo de Jesucristo, y, cual último eco de aquella era de gracia, deja al mundo nuevo un recuerdo siempre vivo de la palabra que le había engendrado, ó, mejor dicho, lo que queda es la misma palabra, siempre luminosa y fecunda. Esa palabra pone por encima de todos los ataques y errores el conocimiento de Dios, el amor de Dios hacia el hombre y la obligación en que están los hombres de servir á Dios y de amarse los unos á los otros, con cuya obligación sólo pueden cumplir por Jesucristo. Entre los esfuerzos que el espíritu de la negación y de la duda ha hecho para destruir el Cristianismo, los más atrevidos y los más sutiles han sido dirigidos contra el Evangelio de Juan, aunque, á Dios gracias, han sido vanos é inútiles, como siempre lo serán. Po-

drán, si se quiere, amedrentar y turbar algunas almas débiles; pero jamás podrán destruir la conciencia del género humano; y San Juan mismo nos muestra la razón de su impotencia: «Yo he escrito, dice, á fin de que vosotros creáis que Jesucristo es Dios, y para que, creyendo, tengáis la vida.»

LOS SANTOS.—EL JEFE DE LA IGLESIA

La Iglesia católica no es otra cosa que Jesucristo continuado por la acción permanente del Espíritu Santo; y su historia es la historia de los santos, es decir, de aquellos hombres esclarecidos que, según la expresión de San Pablo, quieren vivir en Jesucristo, y en los cuales está Jesucristo vivo. La Iglesia es la sociedad de los santos. Después que nació de la sangre del Hombre-Dios, y fué vivificada por su espíritu, es la única que tiene existencia real y verdadera sobre la tierra, y sus miembros son los únicos que tienen vida, porque solamente ellos principian la vida eterna. Todo lo que en el mundo se hace es á favor de la Iglesia ó contra la Iglesia, y esa doble acción se ejecuta con una energía tan persistente y durable, cuanto durable es su existencia en este mundo. La Iglesia es el bien, y el mal no vive más que para combatirla, y lo hace con una tenacidad incansante.

Todo lo que hace la Iglesia es declarado como malo, absurdo y funesto por el espíritu del mal, y al mismo tiempo que la